iurídica de la vida prenatal (Bompiani), la formación del médico (Leone), y la inserción de la bioética dentro de un ethos que contemple presupuestos antropológicos fundamentales, como el asombro y el respeto ante la persona (Gensabella). Finaliza la recopilación de escritos con cuatro estudios sobre el capítulo de la encíclica que más llamó la atención por su novedad: la cultura de la vida; se suceden un estudio muy completo e interesante sobre las aportaciones de la encíclica a la espiritualidad conyugal (Frattallone), la educación para la cultura de la vida (Gatti), una reflexión antropológica que pone en relación ideas clásicas sobre la nueva vida y su crecimiento propiamente humano con el texto de la encíclica (Ricci), y una breve glosa que subraya la idea conclusiva de la encíclica: María, madre de la vida (Amato). La obra se completa con un índice de citas bíblicas y con un índice analítico muy extenso y exhaustivo, que hace muy práctico su manejo.

La riqueza de contenido de la propia Encíclica, que no se ciñe a unas meras declaraciones doctrinales, es la causa de la notable heterogeneidad de los ensayos que la comentan. Abarca desde la fundamentación teológica, a la que no deberían ser ajenos los profesores del área de Ciencias, hasta cuestiones filosóficas y de espiritualidad. Esta colección de estudios, al aportar una atención pormenorizada al variado contenido de la encíclica, será ocasión para su relectura fructífera por parte de quienes en su día la recibimos con gozo.

A. Pardo

Augusto SARMIENTO (ed.), El don de la vida. Textos del Magisterio de la Iglesia

sobre Bioética, BAC, Madrid 1996, 822 pp., 11 x 17,7, ISBN 84-7914-250-2.

La aparición en la última década de numerosos documentos del Magisterio relativos a cuestiones básicas en Bioética ha dejado algo obsoletas algunas recopilaciones clásicas, obras referencia obligada para la consulta. La presente recopilación de textos, que se inicia con Pío XII y llega hasta las enseñanzas más recientes de Juan Pablo II, intenta poner al día estas obras de consulta clásicas. Para ello, tras una breve introducción general, se recoge la recopilación exhaustiva de documentos, precedidos de unos párrafos, en algún caso de un par de páginas, en que se anotan las novedades que dicho documento aportó en Bioética, y su localización en el Acta Apostolicae Sedis. Ouizá hubiera sido conveniente hacer constar en algún punto la mención de responsabilidad de la traducción castellana.

Esta obra tiene además vocación de vademécum, y no sólo de libro de consulta: por una parte, el formato es pequeño, de modo que resulta muy cómodo y manejable, sin que haya tenido que sacrificarse la legibilidad por emplear un tipo de letra pequeño. Y, por otra, aparte del índice general, se incluye un extenso y muy completo índice analítico. Sorprende, sin embargo, un notable despiste editorial: el índice analítico no remite a las páginas del libro, sino a las siglas correspondientes al documento en que se trata del asunto, y al apartado de dicho documento; por tanto, después de consultar el índice analítico, es necesario acudir al índice de abreviaturas para averiguar de qué documento se trata (la abreviatura es, en muchos casos, muy poco indicativa) y, a continuación, buscar dicho documento en el índice general para averiguar las páginas en las que se encuentra. Por esta causa, el índice analítico, que podría haber sido de inestimable ayuda, queda prácticamente inutilizado por las numerosas operaciones que resulta necesario realizar después de su consulta. Queda la obra, sin embargo, como una excelente recopilación puesta al día de los textos de la Iglesia que tocan temas de Bioética.

A. Pardo

## PASTORAL Y CATEQUESIS

José María CABODEVILLA, 365 nombres de Cristo, BAC, Madrid 1997, 748 pp., 13 x 20, ISBN 84-7914-279-0.

A primera vista parece un poco exagerado un libro donde se asignan y comentan, para cada día del año, un nombre a Cristo. Pero, como dice el autor, «¿acaso hay alguna palabra que no convenga a Cristo, que no pueda expresar algo de su persona y de su obra?» (p. 17). Desde este punto de vista, ciertamente se pueden atribuir a Cristo éstos y otros muchos más nombres.

No incluye, entre tantos nombres, el de Jesús, por considerar que no podía entrar en una lista con los demás nombres; es el nombre que está por encima de todo nombre, como dice San Pablo en Filipenses 2, 9. Y es que, como dice Cabodevilla, todos los nombres no dejan de ser simples paráfrasis, derivaciones o glosas al nombre de Jesús. El mismo número de 365 nombres (366 para incluir el posible bisiesto) no tienen otro sentido que, al igual que la tierra gira alrededor del sol, todos estos nombres giran alrededor del único nombre o del nombre inefable.

La mayoría de los nombres son simbólicos, pero son una excusa para desarrollar un pasaje, un aspecto, un rasgo,

una doctrina sobre Nuestro Señor. Para cada nombre el autor parte normalmente de un pasaje o texto de la Escritura -tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento- en el que aparece la palabra o el concepto que luego se desarrolla aplicado a Cristo, y a su luz, a los más variados temas de la fe cristiana v de la vida de los hombres. A lo largo del comentario -breve, de dos páginas y en ocasiones sólo una- que se hace aparecen otros textos de la Escritura, citas de Padres de la Iglesia, de santos, anécdotas actuales, etc. aplicadas al tema que desarrolla. Para situar al lector, citamos los diez primeros nombres: La Puerta: El Cántico: La Semilla: El Velo: El Cordero; La Estrella; La Mina; El Fuego; La Piedra; La Palabra.

Es sin duda un libro original, que le permite al autor hablar de Jesucristo, de su Persona, de su doctrina y, a su luz, hacer disquisiciones sobre múltiples cuestiones actuales. Podemos considerarlo como unas páginas escritas para la meditación y la lectura reposada, hecha poco a poco.

J. Pujol

Mons. José DELICADO BAEZA, Para un examen de conciencia en la Iglesia, BAC, Madrid 1996, 173 pp., 13,5 x 20,7, ISBN 84-7914-281-2.

Este libro forma parte de un conjunto de obras que la Editorial BAC ofrece para preparar el gran jubileo del año 2000. Parece evidente que la Iglesia no puede atravesar el umbral del nuevo milenio sin animar a sus hijos a purificarse, en el arrepentimiento, de sus errores, infidelidades, incoherencias y lentitudes. Los cristianos hemos de sentir la necesidad de expiar los pecados de los hombres, empezando por los propios.